

UN PATRIMONIO INIGUALABLE

Los inigualables y espléndidos escritos de nuestros Padres son la voz de nuestros antepasados en la fe. Sus nombres son conocidos en todo el mundo cristiano - Atanasio de Alejandría, Basilio el Grande, los dos Gregorios, Juan Crisóstomo, Juan de Damasco, entre otros. Sólo nosotros podemos verdaderamente decir que ellos son hueso de nuestro hueso, carne de nuestra carne: son nuestros en el verdadero sentido del término. Vivían en las tierras de donde somos originarios, y la riqueza de esa herencia es ahora un preciado bien que le pertenece a toda la Iglesia. Por eso somos los legítimos herederos de su incalculable tesoro, porque somos sus descendientes, hijos de la misma tierra. Pero, ¿por qué debemos luchar por preservar nuestra antigua herencia si vivimos en el presente y no en el pasado y además somos minoría dentro de los católicos americanos? ¿por qué no simplemente unirnos a esa mayoría católica y convertirnos en latinos, puesto que vivimos ahora en los Estados Unidos? Éstas son preguntas frecuentes y merecen ser respondidas. Hay que recordar lo que dice el Vaticano II: «La historia, la tradición y las numerosas instituciones eclesiásticas manifiestan luminosamente cuánto la Iglesia universal está en deuda con las Iglesias orientales. Por lo tanto... todos los miembros del rito oriental deben saber que pueden y deben preservar siempre sus legítimos ritos litúrgicos y su forma de vida ... y deben honrar todo esto con la mayor fidelidad».

NUESTRA MISIÓN CON LOS CATÓLICOS ROMANOS

El rito romano en Occidente prevaleció por el principio de superioridad y se generalizó durante la Edad Media. Aquí, la tradición latina era considerada la única tradición verdaderamente católica. Esto los llevó a ser inflexibles y considerar al rito latino como la única vía. Al paso de los siglos, se asentó la idea de que, para ser católico, se tenía que ser romano. Sin embargo, el Vaticano II le puso punto final a esta visión provincial. La iglesia no puede ser identificada con una cultura, nación o civilización, porque esto contradeciría su universalidad, que es la esencia del Evangelio. Las Iglesias orientales son parte de la familia católica, aunque tengan costumbres y tradiciones eclesiásticas distintas. Esto es una demostración radical que para ser católico no es necesario someterse al modelo romano. En efecto, la Iglesia romana, como afirmó el Concilio, ha aprendido muchas lecciones de Ori-

ente en los campos de la liturgia (el uso de la lengua vernácula, ambas formas de comunión, el bautismo por inmersión), del orden eclesiástico (compañerismo, gobierno sinodal, el papel del diácono) y de la espiritualidad. La Iglesia Occidental «necesita» verdaderamente a la vibrante Iglesia Oriental como un complemento para comprender el mensaje cristiano.

VOCACIÓN ECUMÉNICA DE LOS CATÓLICOS ORIENTALES

Las Iglesias Orientales, al conservarse fieles a su patrimonio y negarse a ser asimiladas, cumplen una importante función para Roma, llegar a unir a las iglesias de Occidente y Oriente que hoy se encuentran separadas. Sin embargo, si Roma latinizara al pequeño número de orientales, la ortodoxia podría interpretar que la unión con Roma conduce inevitablemente a la asimilación, y esta unión se podría bloquear, quizás para siempre. Por el bien del ecumenismo y para crear un clima favorable a la unión de las Iglesias, el católico Oriental debe permanecer fiel a su tradición. En este contexto, nuestra providencial vocación nos abre la posibilidad ilimitada de predicar el Evangelio a todos aquellos pueblos que, aunque aceptan la fe en Cristo, son parte de una vasta asamblea de creencias. Las sociedades pluralistas de América con sus distintas Iglesias y grupos religiosos nos ofrecen la oportunidad de encontrar un lugar propio. Como bien dicen las célebres palabras del hoy difunto Patriarca Máximo IV: «Tenemos, pues, una doble misión que cumplir dentro de la Iglesia Católica. Debemos luchar por asegurarnos de que el latinismo y el catolicismo no sean sinónimos, y de que el catolicismo permanezca abierto a toda cultura, a cada espíritu y a toda forma de organización compatible con la unidad de fe y amor. Al mismo tiempo, con nuestro ejemplo, debemos permitir que la Iglesia ortodoxa reconozca que la unión con la gran Iglesia de Occidente, con la Sede de Pedro, puede lograrse sin verse obligada a renunciar a la ortodoxia o a ninguno de los tesoros espirituales del Oriente apostólico y patrístico, hay que mirar hacia el futuro y no sólo hacia el pasado.»

UN PELIGRO: LA MENTALIDAD DEL GUETO

Aún no hemos mencionado los principales peligros que amenazan a nuestras comunidades y su misión ante las otras Iglesias: la mentalidad de gueto y el proceso de asimilación. En un gueto la vida se cierra sobre sí misma, operando sólo dentro de sí, con sus propios clichés étnicos y sociales. Si la parroquia vive del carácter étnico de la comunidad, cuando esa

naturaleza desaparece, la comunidad muere y la parroquia muere con ella. Algún día todos nuestros rasgos étnicos - idioma, folclore, costumbres - desaparecerán. Lo hemos visto a través del tiempo. Por eso no podemos pensar en nuestras comunidades como si fueran parroquias étnicas que están principalmente al servicio del inmigrante o de su etnia, a menos que deseemos que muera nuestra comunidad. Nuestras Iglesias no son únicamente para nosotros mismos, sino para todo aquel compatriota estadounidense que se sienta atraído por la manera en que nuestras tradiciones expresan la belleza de la Iglesia universal y la variedad de sus riquezas.

UN SEGUNDO PELIGRO: LA ASIMILACIÓN

Sin duda debemos incorporarnos plenamente a la cultura estadounidense. Debemos tener un estilo de vida americano. Debemos ser completamente americanos en todas las cosas y al mismo tiempo debemos preservar esta auténtica forma de cristianismo que es nuestra y que no corresponde a la forma latina. Debemos reconocer que tenemos algo que aportar, de lo contrario no tenemos razón de ser. Debemos desarrollar y mantener nuestra tradición religiosa que sabemos es capaz de enriquecer la vida americana. De lo contrario seríamos infieles a nuestra vocación. Muchas veces es más fácil perderse entre la multitud, que reafirmar nuestra propia individualidad. Se necesita mucha más valentía, carácter y fuerza interior para lograr que nuestras tradiciones den fruto. Es muy fácil renunciar a ellas. La obsesión de ser como todos los demás nos persigue hasta lo más profundo de nuestros corazones. Reconocemos que nuestra mayor tentación es siempre caer en el anonimato en lugar de asumir nuestra responsabilidad dentro de la Iglesia. Por eso, aunque apoyamos la asimilación étnica, jamás estaremos de acuerdo con la asimilación espiritual. Una fuente principal de asimilación espiritual para los católicos orientales ha sido el fenómeno conocido como «latinización», que se da cuando los católicos orientales copian la teología, las prácticas espirituales y las costumbres litúrgicas de la Iglesia latina. La latinización implica la superioridad del rito romano (que fue denunciada por el Vaticano II) o la conveniencia del proceso de asimilación. No podemos estar de acuerdo con esto. No sólo es innecesario adoptar las costumbres del rito latino para manifestar el catolicismo, sino que es una ofensa contra la unidad de la Iglesia. Como hemos dicho anteriormente, hacer esto sería traicionar nuestra misión ecuménica y traicionar a la Iglesia católica. Por esta razón muchas parroquias intentan volver a la pureza de las tradiciones orientales. Esto ha supuesto a menudo la redecoración de las iglesias y la

eliminación de ciertas devociones con las que muchos habían crecido. Lo que ha causado oposición entre algunos feligreses cuando nuestros sacerdotes, al tratar de seguir el decreto del Concilio han hecho estos cambios. Asimismo, algunos sacerdotes han estado reacios a moverse en esta dirección, por temor que se produzcan divisiones y conflictos. Pero debemos ser conscientes que una Iglesia oriental latinizada sólo puede dar falso testimonio, al mostrar que el latinismo y el catolicismo son, en efecto, una y la misma cosa. Por eso, debemos comenzar por ser totalmente nosotros mismos. Sólo así podremos estar abiertos a los demás y ocupar el lugar que nos corresponde en el escenario de la Iglesia americana para contribuir a la sociedad en general. Únicamente siendo lo que somos tenemos razón de existir.

GRATITUD A NUESTROS ANTEPASADOS

Aquellos que migraron de Europa occidental a los Estados Unidos les fue más fácil adaptarse al estilo de vida americano, no así, a nuestros padres. El oriental se encontró inmerso en un mundo muy diferente al que conocía. Fue grande la tentación de desechar toda su herencia y convertirse en lo que no eran. Por eso recordamos con gratitud a nuestros padres y abuelos y a aquellos sacerdotes que los acompañaron desde su patria, y pusieron los cimientos en este inmenso continente. Los que les siguieron después, también han trabajado bien, construyendo espléndidas iglesias con la ayuda de la jerarquía latina. Ahora estamos en la era de los jóvenes sacerdotes nacidos en Estados Unidos. En ellos recae principalmente la tarea de mejorar el trabajo que les antecedió. Todavía son muy pocos en número, pero confiamos en que crecerá. Estamos sumamente agradecidos con los obispos católicos romanos de este país que tomaron las medidas necesarias para poder conservar nuestro patrimonio antes de que tuviéramos nuestra propia jerarquía en estas costas. Recordamos sobre todo al difunto Cardenal Richard Cushing, que es sin duda el mayor benefactor de nuestra iglesia en los Estados Unidos. Gracias a su apertura y amor apostólicos, logramos instaurar nuestro exarcado y una vez establecidos, nos apoyó psicológica y económicamente. Por esta razón hemos ordenado que se celebre anualmente una liturgia solemne en nuestra catedral para perpetuar su recuerdo.

HACIA EL FUTURO

Este no es el lugar para describir en detalle los proyectos en los que estamos trabajando actualmente. Sólo enumeramos algunos aquí: un programa diocesano de educación religiosa tanto para adultos como para jóvenes, un texto unificado y la formación musical para la Divina Liturgia, seguido de textos similares para los demás servicios de la Iglesia, como los sacramentos, un manual diocesano que pronto estaremos encantados de ofrecer a los fieles y a los amigos de nuestra Iglesia, una publicación periódica que también aparecerá en poco tiempo, y la participación general de nuestros feligreses en los consejos parroquiales y el diaconado, entre otras cosas. En nuestra lista de prioridades también figura la preocupación por los jóvenes. Sin la participación de los jóvenes, podemos estar seguros de que todo nuestro esfuerzo es en vano y que nuestras comunidades desaparecerán. Por lo tanto, también esperamos implementar un programa diocesano para la juventud, en poco tiempo. Sabemos que estamos llegando sólo a un pequeño número de nuestros feligreses, y que la mayoría de ellos son desconocidos para nosotros. Como el Buen Pastor preocupado por las ovejas perdidas, nos preguntamos qué se puede hacer por ellas. Actualmente estamos en el proceso de estudiar estas situaciones y esperamos ofrecer nuestra atención pastoral siempre que sea posible. Nos dio gran alegría escuchar un reciente discurso del obispo Mark Hurley de Santa Rosa, California, en el que señala que «en muchas de nuestras diócesis los cristianos orientales no tienen iglesias propias. Es deber de los obispos latinos velar por que se preserven los venerables ritos de Oriente». El obispo hizo un llamado a los obispos católicos orientales de Estados Unidos a formar parroquias en estos lugares para que «el ejemplo de Oriente instruya a los católicos occidentales y se viva la verdadera universalidad de la Iglesia Católica».

EL VALOR DE SER NOSOTROS MISMOS



OFICINA DE SERVICIOS EDUCATIVOS
EPARQUÍA MELQUITA DE NEWTON
<http://melkite.org/>

Extractos de la Carta Pastoral de Navidad 1970